



永

ayuntamiento de Madrid

ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II

BARCELONA 6 ENERO 1900

NÚM. 35

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ESPAÑA Y PORTUGAL

Un trimestre... 2/50 ptas.
Un semestre... 4/50 *
Un año... 12/50 *

La suscripción
es por trimestres, cuando menos, y el pago por
adelantado en sellos de correo, libranzas
ó letras de fácil cobro.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EXTRANJERO

Un semestre... 10 ptas.
Un año... 18 *
AMÉRICA
Un año... 25 ptas

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS * 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE * PORTUGAL 60 REIS

AÑO NUEVO

Felicísimo se lo deseamos á nuestros lectores, y es de esperar que con el cambio del 8 por un 9 en el lugar

hacen. En suma, he aquí nuestro programa, que ofrecerá la rarísima circunstancia de quedar realizado,

de las centenas va. asimismo el aspecto del centenario. Dios dirá, y ojalá nos libre de muchas cosas que nos pesan y nos conceda otras que nos faltan.

Entretanto, bueno es que prescindiendo de lo que pueda ocurrir, ó no ocurrir, trabajemos todos, sin necesidad de meetings, circulares, discusiones parlamentarias ni otras medidas ociosas en la tarea no solamente de ir tirando, sino de ir adelantando, como es verdad que adelantamos á pesar de los Pidales y á pesar de otras rémoras, impotentes para impedir que el mundo marche.

Por lo que á nosotros mira, algo hemos hecho, según dicen, en pro del adelanto de las artes relacionadas con la prensa, pero mucho más nos proponemos hacer en el año que ahora empieza. Contando, como decididamente contamos, con el favor del público, la vía resulta expedita, y se trata de personas que tienen la costumbre, que no nos pesa, de no darse jamás por suficientemente satisfechas de lo que

hacen. En suma, he aquí nuestro programa, que ofrecerá la rarísima circunstancia de quedar realizado,

Dios mediante, al pie de la letra:

Mayor perfección aún en los tirajes así de las láminas en colores como de los grabados en negro; empleo de papel *ad hoc*, de la mejor calidad que se conoce; aumento de lectura en el cuerpo del periódico; adquisición de nuevos y valiosos colaboradores artísticos y literarios, concreción de nuevas secciones desconocidas; mayor amenidad con la introducción de varias novedades relativas á pasatiempos y á instrucción y recreo; adición de un reparto de la famosa edición del *Robinson Crusoe*, ilustrada por William Paget, por entender cuán necesario es hacer lo posible por despertar en nuestro país la iniciativa individual, de la cual constituye dicha obra el mejor poema.

Y ahora, séanos lícito manifestar que *Iris*, cuenta con todos los elementos necesarios

para dar semanalmente un número en colores, á pesar de las dificultades que esto supone, y para hacer que esos números igualen á los mejores del Extranjero.



Ayuntamiento de Madrid

EL MAS DESGRACIADO DE LOS HOMBRES

D. Buenaventura Canales y Ramírez de Soria es el hombre más desgraciado que existe en el mundo. Tiene dinero, buena salud, posición social muy envidiable, carifosos amigos, criados que le idolatran, y hasta jóvenes casaderas que le pretenden; pero ¡ay! tiene la manía de ver en todas las cosas el punto negro. Nunca podrá olvidar la visita que le hice el día 30 de mayo de 1899.

Recibíome con afable sonrisa, dándome un asiento a su lado, y al notar yo que se esforzaba por disimular su tristeza, le pregunté con solicitud:

—¿Está usted enfermo?

Volvió a sonreír, y me contestó:

—No me duele nada: mi dolencia es moral, íntima, incurable, mas no me autoriza a calumniar mi salud, que es excelente.

—¿Le aflige á usted algún disgusto, alguna contrariedad pasajera?

—No, señor: mi pena es constante y no se funda en nada concreto: ya habrá usted notado, en el tiempo que me conoce, que yo siempre estoy triste, aunque quisiera estar alegre.

—Y ¿por qué?

—Por una fatalidad que me persigue: porque veo demasiado.

—¿Qué ve usted?

—El fondo de las cosas: la verdad: lo doloroso, lo malo, todo aquello que no quieren ver los que son felices.

—Yo también padezco algo de eso...

—¿Usted también? ¡Qué casualidad!

—Pero no me entrego á la dolencia, y trato de curarme con el estudio y las distracciones.

—¡Ay! Yo no puedo: el estudio me hace descubrir nuevas manchas, y las distracciones me resultan contraproducentes.

—¿Ha probado usted? ¿Ha intentado distraerse con toda su voluntad?

—Sí, señor: no consigo nada. Voy al teatro, y en cada actor que sale á la escena, me propongo ver al personaje que figura en la obra, al tipo que ha querido presentar el autor, y sólo veo al cómico Fulano de Tal, que está rabiando porque no le aplauden á cada instante, ó porque no le gusta el papel, ó porque le han negado un anticipo en la contaduría. Recuerdo que ví á un famoso actor haciendo el papel de don

Juan Tenorio, y mientras el público le aplaudía á rabiar yo estaba diciéndome involuntariamente: «¿Por qué aplaudirán estos zoquetes? ¿No saben que ese D. Juan se llama D. Pedro, que no es soltero ni es conquistador ni es andaluz, y que tomó por doncella á una D.^a Inés que se llama Rita y tiene cinco hijos?» Comprenderá usted, que viendo las cosas como yo las veo, no puede divertirme el teatro ni nada que se le parezca.

—¿Y el circo?

—Eso es peor: cuando un artista ejecuta un ejercicio peligroso, estoy pensando: «¡Ahora se cae! ¿Por qué será tan bestia ese hombre? ¿No le valdría más aprender otro oficio?» Y cada vez que sale un payaso, me sublevo contra el público que le celebra la millonésima edición de un chiste añejo y transnochado, y me da ganas de llorar el pobre hombre que se disfraya y se embadurna, por tres pesetas, para hacer reír á los tontos arrastrando sobre la arena del circo la dignidad humana.

—Y la lectura ¿no le distrae?

—No: si leo periódicos, en cada párrafo estoy viendo la angustiosa labor del mísero gacillerito que por exigencias del estómago tiene que elogiar á un imbécil ó defender á un político que merece la horca: si leo libros buenos, me constriñe el cálculo que hago de la tarea del autor; y si á éste le conozco perso-



nalmente, le veo á caballo en cada letra, y me parece que le oigo llorar cuando pretende hacer reír: si el libro no es bueno, me dan ganas de fusilar al que lo ha escrito y á los que lo han impreso, editado y vendido, y quisiera morirme por la mala idea que tuve al comprarlo.

—Pero hay muchas distracciones de otro género.

—Ninguna para mí: sólo acierto á ver en todas las cosas el resorte oculto, el hueso, la realidad amarga, la inevitable falsificación: porque no me negará usted que hoy se falsifica todo.

—¿Luego para usted no hay nada legítimo?

—Nada, más que los padecimientos físicos y morales.

—¿Y el amor?

—Eso es una farsa inventada por el egoísmo.

—¿Y la amistad?

—Esa es una componenda que dura mientras no se interpone el interés de cada cual. En fin, no he de molestar á usted habiéndole de mis tristezas. A otro asunto. ¿Quiere usted acompañarme á comer?

—Muchas gracias.

—Con sinceridad absoluta: si no quiere usted, puede acompañarme mientras como.

—Acepto.

—Pues pasemos al comedor.

Acompañé á Buenaventura, deseoso de oírle. Me senté á la mesa, frente á él, y observé que al contemplar los manjares se entristecía más que de costumbre. Le pregunté:

—¿No tiene usted buen apetito?

—Sí, me contestó: pero en cada plato y en cada botella veo un adelanto de la industria: es decir, una miserable falsificación que me pone en guardia y me sobresalta el estómago.



—Sobrepongase usted á esas preocupaciones.

—¡Ojalá pudiera! ¿Ve usted este salchichón? Dicen que es de Vich, superior, legítimo, y yo temo que sea de Carabanchel y fabricado con carne de perro, harina y cola. ¿Ve usted esta botella de vino riojano? Pues yo creo que lo que contiene es una mezcla de cloruro de sodio, alcohol, yeso, melaza, alumbre, palo de campeche, hojas de laurel cerezo, vinagre y glicerina.

Al oír esto, ya no pude aguantarme, y solté una carcajada. D. Buenaventura me miró con seriedad, diciéndome:

—Yo no doy bromas: los análisis que he referido á usted se hallan en muchas obras científicas.

—Pero si analiza usted tanto, creo que ha llegado la hora de que yo salga de una duda, si usted me lo permite.

—Permítalo.

—¿En qué concepto me tiene usted?

—En el concepto que usted se merece: usted es una persona agradable que viene á verme porque se distrae con mis rarezas.

—Gracias, D. Buenaventura.

Comprendí que mi visita no debía prolongarse y me despedí con forzada sonrisa, siendo despedido con análoga urbanidad. No he vuelto á pisar la casa del Sr. Canales y Ramírez de Soria, y sospecho que la enfermedad de este buen señor sólo puede curarse con el influjo irresistible de una mirada femenil. ¡Animo, viudas y solteras! El Sr. Ramírez tiene cuarenta mil duros en el Banco. Ya estoy oyendo millares de vocécitas que me preguntan: «¿Dónde vive?». Pues no lo sé.

ADOLFO LLANOS





CRUZANDO EL ARROYO

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DEL DIA



Por fin, se están acabando las fiestas, que, para mayor felicidad de los «practicantes», han venido pareadas, como las aleluyas. Ya era hora de descansar de tanta holganza.

La festividad de los Reyes es, aparte de lo dicho, una de las más populares, si bien hay que hacer constar que eso de Reyes es harto más que discutible. Melchor, Gaspar y Baltasar eran, si se quiere, lo que llamaríamos hoy *Príncipes de la ciencia*; eran *Magos* ó sabios, pero no consta á ciencia cierta que fuesen reyes.

No es ningún mal, sin embargo, que como á tales se les venera, y por lo que hace á los niños, mucha más confianza habrán de tener en que los regalos vengan de los reyes que no de los sabios; éstos, por punto general, carecen de posibles para adquirir tantos juguetes.

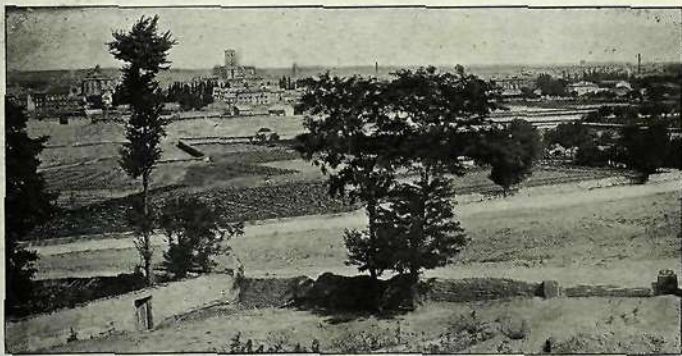
No todos los niños recibirán este año la visita. A los chasqueados, en mayor ó menor número, que hubo que lamentar en cierta pasada solemnidad pueril, habrá que añadir ahora esos pobres hijitos de los empleados declarados cesantes por mor de las economías de Villaverde,—apellidado doblemente ilustre en España por llevarlo un torero de invierno, allá en mis mocedades, y ser el de nuestro actual ministro de Hacienda, que, dicho sea en honor á la verdad, le dejaría bizzo á Gladstone que resucitara. ¡Qué talento rentístico tiene el hombre!

Como ya era de prever en el país donde se rebaja un perro chico á los peones camineros y se conserva la caballería de marina, se ha roto la cuerda por lo más delgado, y han pagado el pato los funcionarios modestos, útiles y de corto sueldo. Los demás, los gordos, continúan en sus puestos, para demostrar que éste es el país de la formalidad, la justicia y la inteligencia.

Sin duda, para que nadie eche en olvido su existencia, el infatigable orador, circularista y meetinguista Sr. Paraiso, ha convocado á las Cámaras de Comercio á una nueva reunión en Valladolid, y se me permitirá emitir mi humilde opinión de que esa Asamblea *sobra* soberanamente en la antigua corte castellana. Todo cuanto puedan decir el Sr. Paraiso y repetir sus paradisiacos discípulos y acólitos, lo dijo mejor que él y que todos ellos el malogrado catedrático de Valladolid, Macías Picavea en su memorable libro *El Problema Nacional*. La tal Asamblea no va, por lo tanto, á pasar de una redundancia, un pleonasmo ó... búsquese cualquier otro sinónimo.

Entre otros defectos que hay que corregir en España hablaba Macías Picavea del *psitacismo*, ó digase *cotorreo* ó *pavagayismo*, y puede que no les vendría mal á algunos *parar mientes* en el susodicho vicio. La verdad es que hace demasiado tiempo estamos representando aquí la parodia de *I Feroci Romani*:—¡*Partiamol*! ¡*Marchiamol*!, y así se pasan una hora plantificados aquellos mamarrachos. Pues lo mismo sucede con la *regeneración*.—¡*Regenerémonos*! ¡*Regenerémonos*!... y degeneramos á tal prisa que yo no sé que van á pensar de nosotros los antropólogos.

ALFREDO OPISSO



VALLADOLID: VISTA GENERAL

Ayuntamiento de Madrid

Á an
gales
S
prest
pero
rás n
en lir
E
canci
entun
lo qu
del ci
A
otro d
empu
una n
Po
bear e
ba á s
pliega
hogue

El cuento de

año nuevo



Por Cristo Nuestro Señor que comenzaba de perlas el año... Noche más triste, oscura y helada no pudo soñarse: la nieve caía mansamente sobre la haz de la tierra, el viento huracanado hacía gemir con tintineante son las campanas de la iglesia de Villabrinces, uno de tantos pueblos de la montaña ignorados para los geógrafos, aldea que tenía por junto treinta casas y un centenar de habitantes.

No os llamaréis á engaño si os juró que en tal noche, pasadas ya las doce, todos los villabrinceses, chicos y grandes, mozos y mozas, dormían á pierna suelta muy metiditos en la cama, sin darse cuenta de que la nieve, obrera impertérrita, iba extendiendo sus helados cendales por la haz de la tierra.

Miento, bellacamente al afirmar que todos dormían, porque de una casuca emplazada al promedio de la calle Real salió un hombre mozo que al exponer las narices al poco agradable ambiente de la noche, subióse la bufanda hasta los ojos, calóse la boina hasta las cejas y metidas las manos en las profundidades de los bolsillos del pantalón, rompió

á andar con pisar recio por la calleja á cuyo final abriase un sendero que conducía á un bosque de nogales y castaños.

Si á ti lector te da el naipe por pararte á reflexionar en esta historia que te cuento, es posible que presupongas que muy mal estaba con su persona quien en parecida noche tan locamente la exponía, pero si te advierto que el amor hacía mover tan gentilmente las piernas de nuestro personaje, encontrarás muy disculpable el caso: que por amor sabido es que se cometen mil y una tonterías. Bueno: sigo ya en línea recta mi narración:

El mozo, como iba contándote, enfiló por el sendero y empezó á tararear debajo de su bufanda una canción, sin duda para entretener el camino, disimular la crudeza del aire que zumbaba en sus oídos, entumecía su cuerpo y hacía voltear en derredor suyo millones de mariposas blancas y heladas y aun, lo que es más seguro, para ahuyentar el miedo que tanta soledad y negrura infundía en el ánimo del caminante.

Al cabo del tiempo vióse nuestro héroe en pleno bosque y aquí ya uniósse al frío de la noche aquel otro del espanto, que no hay cosa más terrorífica que milláres de árboles juntos que no se ven, pero que empujadas sus copas por el aire murmuran á coro una psalmodia espeluznante que os hace pensar en una macabra reunión de esqueletos.

Pero la voluntad del amor no se detiene por nada: nuestro hombre internóse en el bosque sin titubear en su camino y sin romperse una vez por minuto la crisma contra los seculares árboles que hallaba á su paso... Y cuando ya la nieve había convertido la negra boina en gorra de dormir, fileteaba los pliegues de la bufanda y los hombros de la chaquete, nuestro enamorado personaje vió á lo lejos una hoguera que parecía un ojo tremendo abierto en la negrura y que parpadeaba con destellos rojos.

Hacia aquel faro imprevisto marcó su derrotero nuestro mozo. Y hete aquí lector que vendría como anillo al dedo hacerte creer que el mismísimo diablo, ó algún sabio hechicero ó tal vez una hada de los bosques fué quien encendió la fogarata para atraer al incauto mancebo, pero, en la prosa vil de la vida no ocurren tamañas aventuras ni danzan tan fantásticos personajes: en el bosque habitaba un viejo leñador, tenido por monomaniaco y á quien apellidaban el Tío Verdades.

Al llegar próximo á la hoguera el mozo dió un respiro de satisfacción, y á través de la bufanda dijo con voz que parecía por lo velada la de un borracho medio dormido:

— Buenas noches, tío Verdades.

El tío Verdades que filosóficamente se hallaba sentado en un taburete cerca de la lumbre como si



estuviera en el lar de su cocina, se contentó con dirigir una mirada de soslayo la que tan de improviso venía á hacerle compañía y gruñó irónicamente:

— No es mala noche... — Y continuó con acento de curiosidad: — Pero, Gabriel, ¿á dónde vas tú á estas horas?

— Y usted ¿qué hace aquí sentado? — observó el mozo tendiendo hacia la llama sus manos amoratadas por el frío.

— Lo de todos los años, — contestó el guarda con admirabile sencillez. — Aguárdo á que den las doce de la noche vieja, y á esa hora me preparo para entrar en el año nuevo.

— ¿Y para eso enciende usted esta fogarata? — objetó asombrado Gabriel.

— Sí, hijo mío: durante el año apunto en un cuadernito que siempre llevo en el bolsillo de mi zamarrá todos mis pesares, mis esperanzas y mis propósitos para darme el placer de ver como las llamas en un momento dan al traste con todo un año de mi vida...

— Vaya, este pobre viejo está mal de la cabeza, — pensó para su bufanda Gabriel.

— Muchacho, — prosiguió el guarda cambiando su conversación de rumbo, — mal empiezas el año vagando por estos andurriales... Seguramente que la moza que te trae sorbido el caltre es la que

te hace dar este paseo ¿eh? ¿Lo acierto? ¿Á que vas á verla aprovechando que su padre, el tío Castañuelas, se ha largado esta mañana á Santander?

— ¡Tú dices! — hubiera contestado el montañés á saber latín; pero se conformó con menear afirmativamente la cabeza y decir con vehemencia:

— A verla voy, sí, señor, á verla, pero no á lo que usted piensa, á hablarla de cosas cariñosucas, ¡quién! á cosa de más provecho voy... ¡Eh! ¿Qué no?... ¡Vaya!... Año nuevo vida nueva, y yo le juro á usted, tío Verdades, por estas cruces, que lo de Sabeluca acabóse de una vez pa siempre... ¡Lo he decidido hoy y marche á decirle que yo quiero para mujer una moza que no haga cara al primer indiano que la haga cucamonas... ¡Pos no faltaba más!... ¡Asina Dios me salve que lo hago como lo digo!... ¡Ah!... Y no voy á ir más á la taberna ni vuelvo á fumar más un pitillo, aunque me repudra de necesidad... ¡Por ésas hombre, por éstas!... Desde ahora vida nueva... ¡Ni que fuera uno un buey pa no comprender lo que le hace provecho!

Caló el mozo, miróle el viejo burionamente y dijo con acento zumbón:

— Así deben portarse los hombres. La dignidad ante todo; ¡no faltaba más! Haces bien, Gabriel, haces bien.

Ya el sol del primer día del año se oculta tras la nevada montaña...

Es un sol triste que no ha tenido fuerzas para derretir con sus besos la nieve que aun sigue cubriendo la haz de la tierra.

Tío Verdades se halla á la puerta de su choza, desafiando el cierzo, cuando ve venir en dirección hacia el pueblo á Gabriel.



Viene el mozo tambaleándose: la bufanda le arrastra por el suelo, la boina la trae á la nuca; en la boca luce un puro de los más baratos. La oscuridad es casi completa, y el frío arrecia cruelmente, haciendo apresurar el paso al caminante.

El mozo pasa por junto al viejo y dice con la incoherencia del que ha trasladado la muy diminuta bodega del estómago á la cabeza:

—¡Adiós, tío Verdades! ¡Vaya un día hermoso! ¿Eh? ¡Joseristo, que feliz soy! ¡Pa marzo Isabeluca y yo mos casamos!...

Tío Verdades, que sigue con la vista el caprichoso andar de Gabriel, murmura:

—¡Voluntad! ¡Qué débil eres para las pasiones! Si fueras firme y perseverases sólo en el bien... ¡qué vida esta más hermosa! Pero los hombres no somos ángeles... somos hombres.

Y el tío Verdades, bajando la cabeza, se retira á su hogar, con materia para comenzar sus apuntes en el nuevo cuadernito.

ALEJANDRO LARRUBIERA

ENSUEÑOS Y REALIDAD

(HISTORIETA POR VELASCO)



1 No me explico el por qué algún poeta pueda oponerse á que lo coronen.



2 Por mi parte, tengo el presentimiento de que lo seré y me dejaré coronar; siendo mi mujer de la misma opinión.



3 ¡Sublime! ¡Divino! Seré coronado.



4 ¡Lo que son los presentimientos!



El eléctrico tranvía
puede tener diez paradas.
Se detiene donde el punto
y el reglamento reclaman.
Desde la Puerta del Sol
hasta el barrio, ó la manzana
de Pozas, hace sus altos
y el público sube ó baja.
El conductor va diciendo
por donde el tranvía pasa
y da el nombre de la calle
donde es de ley la parada.
De este modo los viajeros
saben donde están, y saltan
desde el estribo á la calle
y van sabiendo la marcha.
Ya es en la calle Mayor
donde el conductor les habla,
ya en el alto Buen Suceso,
ya en la Moncloa se para.
Del pretil de los Consejos
la detención es más larga
porque allí hay gentes que suben
y más gentes aun que bajan,
porque es aquella estación
de las de vías más amplias

y arteria de las más grandes
y vía de las más largas.
El conductor sólo dice,
al parar, una palabra,
la que indica el sitio y nombre
de la calle en que se cambia
de vía, de dirección,
y de caballos y jacas.
Y así al llegar el tranvía
á cada nueva parada
ó dice Plaza de Oriente,
ó ¡Moncloa! ó ¡Pozas! y anda
el movimiento de cuartos
ó el cambio de nuevas caras.
Hace un mes que al acabarse
de la cuesta las andancias
y al pretil de los Consejos
llegar la constante carga,
el conductor, con acento
varonil, y en voz muy alta,
dijo gritando: ¡CONSEJOS!
y una chula descarada
respondió al punto: —¿Consejos?
¡Dinero es lo que hace falta!

EUSEBIO BLASCO

(Ilustración de Gascón)





CANTO DE AMOR

Ayuntamiento de Madrid

¿Le gusta à usted



Era Ruperto Troncoso, comerciante en embutidos, entre todos los maridos, el marido más celoso.

Tenía por qué temer; pues eligió para esposa la más alegre y hermosa y complaciente mujer.

Siempre estaba de quimera con su bella mitad cara, prohibiendo que á nadie hablara, mandando que á nadie oyera.

—Ni aun á la tienda saldrás, pues pueden ver tus hechizos. Yo despacharé chorizos á las chicas nadie más.

Y, en sus celos, por su mal, á tal extremo tocaba que ya sólo le faltaba encerrarla en un fanal.

Y, dando sobrada fe á sutilezas amargas, recortó sus faldas largas porque besábanla el pie.

Ni en el hogar ni en la calle, cegado por su pasión, la permitió cinturón porque estrechábale el talle.

Y, de su demencia rara escuchando los consejos,

la privó de los espejos porque copiaban su cara.

En contadas ocasiones sacábala á los paseos por evitar chicleos, requiebros y admiraciones.

Una vez, estuvo en poco que á un señor no maltratara porque tras su esposa hablara... y resultó que era un loco.

Riñó, otra vez, con gran fuego con un hombre que, insistente, la miraba impertinente... y resultó que era ciego.

Con sus vecinos romper quiso todo trato, rudo, pues pensaba: —Su saludo va buscando á mi mujer.

Y, siempre con malos modos recriminando á su esposa: —¡Cuidado que es fuerte cosa que hayas de gustarle á todos!—

la decía, asaz inquieto, temeroso por su dicha más en su propia desdicha alegrándose en secreto.

Porque siempre el corazón gozó en tener un tesoro, aunque sea imán el oro de la mano del ladrón.

Vino, en esa circunstancia, y hasta á hospedarse, por cierto, en la casa de Ruperto, un amigo de la infancia.

Ruperto, á Félix, su amigo, queriéndole como hermano, desechó recelo vano, y le retuvo consigo.

Cedióle en su hogar un lecho, á su mesa le sentó; y —¡Todo es tuyo—exclamó—cuanto hay bajo este techo!

Mas, un mes ya transcurrido, Ruperto, con descontento, llamó sólo á su aposento á su amigo tan querido.

—Tu conducta es singular,—le declaró,—hacia mi esposa. Parece que te es odiosa; ¡ni aun la llegas á mirar!

No sé lo que puede ser. Ella es hermosa y amable. ¿Acaso te es despreciable? ¿No te gusta mi mujer?

—Responderé con franqueza,—dijo Félix, sin rodeo.—Mas, en tu esposa no veo tan ponderada belleza.

Picóse mucho el esposo al oír tal novedad y, á su amigo, sin piedad, echó á la calle furioso.

Mas, vió tras del lance esto que, con gran despreciosidad, de su esposa el mundo haía cual se huye de la peste.

Y pensó así: «En torno de ella tracé una muralla odiosa. Si nadie la llama hermosa, ¿de que le sirve ser bella?

«Desde ahora, he de exponer á todos, ya sin recelos: —Aunque yo rabie de celos, ¿le gusta á usted mi mujer?

JOSÉ DE SILES

(Instrucción de P. S. Coville)

SOPAS Y MIGAS

HISTORIETAS BATURRAS

Por Hascor



1.
- ¡Comederos, vamos a almorzar!
- ¿Que hay pa' almorzar?
- Sopas.
- No quiero sopas.
- Mira que están muy ricas.



2.
- Con sus especias! ¡ou ajo!
- ¡Hedios, que no quiero sopas!



3.
- ¿Te traeis medio cuartillo de vino?
- ¡Gueno! vengan las sopas.

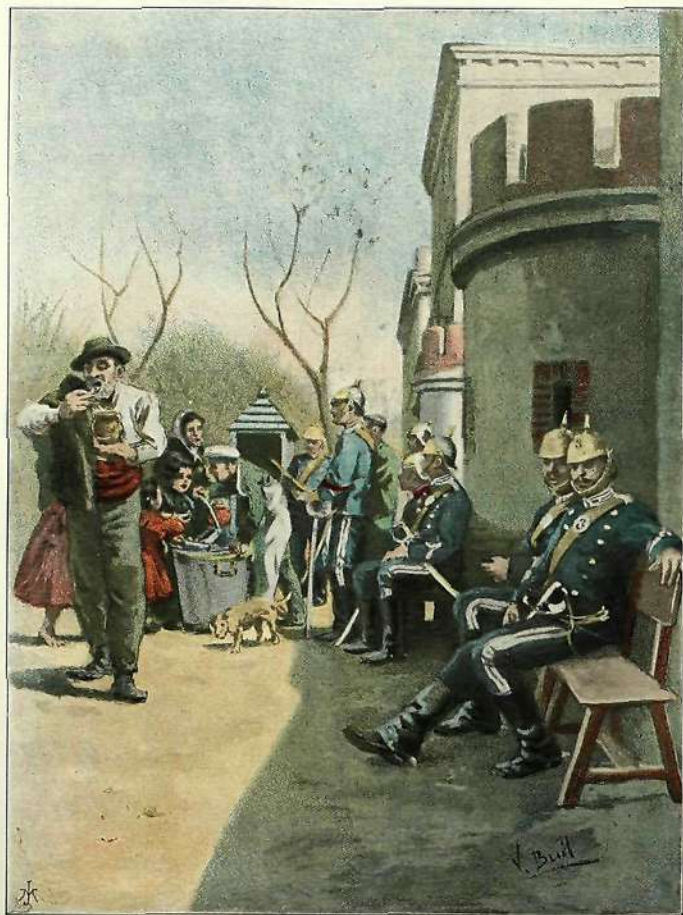


1.
En casa de Mengano.
- ¡Almorza! En los hornos allí, gustan las migas.
- ¡Migas, por no despreciar!...
- ¡Mira si cuestan algo no las cataras!



2.
En casa de Lulano.
- ¡Anda hombre, coge desmenuzadas pa' estar untadas!
- ¡Sí!
- ¡Ah! ¡pus entonces hay que probarlas!

LA CARIDAD DEL SOLDADO



REPARTIENDO LAS SOBRAS

Ayuntamiento de Madrid



J
carr



rior, s
otra; ;
aunqu
como
en car
pareci
Un
je que
camin
El p
conoce
el fin d
era am
cuya e
un ser
Juanib



—Ser
La in
pasión e
—Si c

LA CARTA DE RECOMENDACIÓN

Juanito Espinilla tenía vivos deseos de ser funcionario público. Su sueño dorado era ingresar en la carrera administrativa con un destino de Real orden, que con el tiempo y los ascensos correspondientes, —porque el joven era ambicioso y soñaba también en ascender, —le asegurase una decente jubilación.



Por desgracia, el pobre chico estaba muy lejos de ver realizado su sueño, y los dos destinos que había desempeñado en clase de temporero en el Ayuntamiento de la Coruña y el cargo de comisionado de apremios que le confirió la Diputación provincial, no le habían proporcionado más que serios disgustos y una tremenda paliza que le dieron, por vía de propina, los contribuyentes morosos de cierta aldehuela de la montaña.

A pesar de esto, Juanito tenía una decidida vocación por la carrera burocrática, para la que había hecho algunos estudios, y pocos aspirantes como él sabían el tratamiento que se les debe dar á los superiores jerárquicos y la clase de papel sellado que se usa en determinados casos, detalles estos, á su juicio, indispensables para una ordenada y recta administración.

Para el joven pretendiente la autoridad rentística era tan superior, su misión tan transcendental, que la sobreponía á cualquiera otra; y cuando en la calle se cruzaba con el delegado de Hacienda, aunque no tenía el honor de tratarle, le saludaba con tanto respeto como si fuera el Vático, y si no se arrodillaba á su paso, marcaba, en cambio, de tal manera la espina dorsal, que más que hombre, parecía un gato de Angora.

Un suceso inesperado, la llegada á la Coruña de un alto personaje que gozaba de grande influencia en la corte, puso á Juanito en camino de ver realizadas sus aspiraciones.

El procer, —conveniente es darle ese nombre, porque hay que reconocer que lo era, —había llegado con su familia á la población con el fin de pasar la temporada canicular, y, como todos los cortesanos era amable y fino con todo el mundo. Un conocido de Espinilla, en cuya casa se había instalado el magnate, deseando prestarle á aquel un servicio, lo presentó á la señora del forastero, y ésta que vió en Juanito un joven modesto y servicial, trató de utilizarlo en prove-



cho propio durante su corta estancia en la capital gallega. Desde aquel momento Juanito se convirtió en lacayo de la esposa del personaje, hasta el punto de acompañarla á paseo en clase de cicerone y de cuidar de los niños, que eran discípulos, y mal educados por añadidura. A lo mejor, el más pequeño, que era en extremo exigente, sin reparos de ningún género, se dirigía al joven y le decía con tono imperioso:

—Sírvenme de borrico.

Y el pobre Espinilla, se bajaba pacientemente, y andando á gatas por el suelo llevaba sobre sus lomos al chiquitín del procer; que á estas bajezas tienen que recurrir los desheredados de la fortuna que no gozan de influencias para lograr un humilde sitio en la mesa del festín del presupuesto, como gráficamente hubiese dicho mi ilustre paisano y amigo Enrique Pérez Escrich.

A fuerza de servicios y humillaciones, Espinilla creyó haberse ganado las simpatías de la encopetada señora, y dispuesto á lograr el empleo apetecido, abordó resueltamente la cuestión.

—Señora, —le dijo, —si usted quisiera, podría hacerme el más feliz de los hombres.

La interpelada, que además de joven y bien parecida era algo coqueta, creyó haber despertado una pasión en el corazón del provinciano y se propuso divertirse á su costa.

—Si de mí depende su felicidad puede darse por dichoso, —le contestó cubriéndose el rostro con el



abanico y fingiendo un rubor que estaba muy lejos de sentir. Pero su desencanto fué mayúsculo, cuando el joven, en vez de despertar la esperada declaración le dijo humildemente con cierta gravedad cómica: —Gracias, señora: le deberé a usted mi destino.

—¿Qué destino?—le preguntó la dama con extrañeza. Y el pobre muchacho, sin reparar en el tono con que le había hecho la pregunta su interlocutora, se apresuró a contestarle:

—El de oficial de quinta clase en la Administración de Hacienda Pública, que espero conseguir por mediación de su señor esposo.

Aquella decepción no se la perdonó nunca a Espinilla la encopetada damisela.

Sin embargo, le prometió recomendarle eficazmente a su marido para que éste le consiguiera el deseado empleo.

Concluida la temporada veraniega y ya el pie en el estribo del vagón para regresar a Madrid, la dama le dijo sonriendo:

—Señor Espinilla, descuide usted que recibirá la apetecida credencial.

—Así lo espero,—le contestó Juanito saludando a la ilustre viajera a punto de partir el tren.

Espinilla esperó impaciente el cumplimiento de la halagüeña promesa; pero

los días pasaban y la deseada credencial no aparecía. Transcurridos algunos meses, cansado ya de esperar en vano, por consejo de algunos amigos se decidió a tomar una resolución: marchar a Madrid.

—Es inútil que espere,—se dijo,—únicamente gestionando mi colocación sobre el terreno conseguiré mi propósito.

Y empeñándose mucho más de lo que estaba para realizar el viaje, encajonado prosaicamente en un coche de tercera, el pobre chico dió con sus huesos en la villa del oso y del madroño.

Repuesto de las molestias del camino, para recordarle su pretensión, Espinilla trató de ver a sus protectores. Pero inútilmente; porque por más que lo intentó distintas veces, los criados le dieron siempre con la puerta en las narices. Disgustado de la descortesía de los fámulos, le escribió a la esposa del magnate pidiéndole una audiencia. Al cabo de dos días le contestó su protectora indicándole día y hora para recibirle. La carta de la dama, que el joven guardó cuidadosamente en su cartera para que le sirviera de talismán que le abriese las puertas del suntuoso hotel, fué un rayo de sol que alegró un momento su entristecido corazón.

—Por fin voy a ver realizados mis sueños,—pensó. Y como era consiguiente fué puntual a la cita en la que se había de resolver el tenebroso problema de su porvenir. Un criado correctamente vestido introdujo a Juanito en el gabinete de recepción de la emporotada señora. Contra su costumbre, no se hizo mucho ésta de esperar.

—Señor Espinilla,—le dijo,—después de los cumplidos de cajón,—le tengo muy presente; pase usted al despacho de mi esposo y le dará una carta de recomendación para el ministro.

E indicando al doméstico con un ademán que acompañara a Juanito a la citada habitación, se retiró ceremoniosamente.

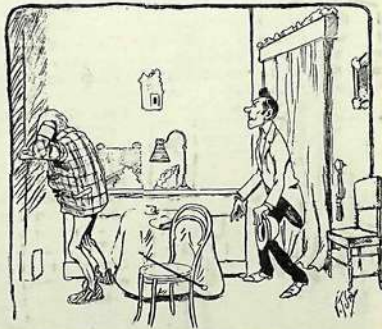
La entrevista del joven con el magnate fué corta, pero expresiva. Este que le esperaba en su despacho, le dió una carta que tenía ya escrita de puño y letra de su secretario, para el ministro de Fomento.

—No puedo recomendarle al de Hacienda,—le dijo,—porque no me hallo en muy buenas relaciones políticas con él; me dirijo al de Fomento con el cual tengo mucha franqueza.

—Es igual; el caso es que me dé un destino de Real orden,—le contestó el pretendiente. Y después de leer, por indicación del magnate, la carta que le acababa éste de entregar, la cual estaba redactada en términos muy eficaces, se retiró agradecido al favor. Pero... ¡maldita casualidad! Fué el caso que, por olvido, se había dejado el joven el bastón sobre una de las sillas del despacho, y al regresar minutos después a recogerlo, su desencanto fué inmenso, al enterarse que su protector, de pie junto al aparato del teléfono, exclamaba dirigiéndose al ministro.

—En ese departamento se presentará, con una carta mía, un tal Espinilla que solicita un destino. Es un pobre diablo por quien no tengo ningún interés: ¡no le haga usted caso!

(Dibujos de Tur)



J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

Ayuntamiento de Madrid

El U
Se dirá
la riqueza:
distinción
examinad
mos tan p
a la Natur
disimó nu
tos, objet
término p
fora, no p
Veamos
manera se
humana y
nemos el c
de alfiler,
esqueleto
cañón, los
zo de una
bo ó de un
manecilla
cañones, h
corazón, l
el lomo de
dientes de
tierra, la i
to, el costi
del papel,
taña, la e
rias de un
una cordi
músicos, i
viñón de C
la nada. A
rio de la
cerebro de

LA CAB
Con cos
marina de
se ha reco
dra holan
hielos en
de la Rep
pol del Di
esa la uni
gado la e
nios de Ne
batallas e
Báltico he
de Sweab
sin duda l
ros espáñ
del Orinoc
a nado, di
Venezuela
DERROT/
Las nun
ingleses e
del Sur n
meras que
el trancur
gistramos

BRAN

PEPITORIA

EL VOCABULARIO Y LA NATURALEZA

Se dirá lo que se quiera acerca de la riqueza de nuestras lenguas, —sin distinción de familias,— pero bien examinadas las cosas resulta que somos tan pobres, que debemos acudir á la Naturaleza para designar grandísimo número de atributos, conceptos, objetos ó caracteres, á falta de término propio. Hablamos en metáfora, no pocas veces, sin advertirlo.

Veamos en primer lugar de que manera se ha explotado la *economía humana* y sus representaciones. Tenemos el *corpo* de bomba, la *cabeza* de alfiler, el *cuello* de la retorta, el *esqueleto* del discurso, la *boca* del cañón, los *ojos* de un puente, el *brazo* de una palanca, el *codo* de un tubo ó de un río, la *mano* de almiraz, la *manecilla* del reloj, el *muñón* de los cañones, el *pedal* de la bicicleta, el *corazón*, la *médula*, etc., de un árbol; el *lomo* del libro, el *pie* de altar, los *dientes* de una rueda, la *lengua* de tierra, la *lengüeta* de un instrumento, el *castillaje* de un barco, la *fibra* del papel, la *garganta* de una montaña, la *vena* de un chorro, las *arterias* de una ciudad, el *espinozo* de los músicos, el *apogén* del aceite, el *rión* de Castilla y tenemos cosas en la *uña*. A lo cual añadiremos el *nercio* de la guerra, vulgo dinero, el *cerebro* del mundo, etc., etc.

(Seguiremos)

LA CABALLERÍA EN EL MAR

Con ocasión de que habló el señor Maura se ha recordado la toma de la escuadra holandesa, bloqueada por los hielos en Flesinga, por los húsares de la República. Francesa en tiempo del Directorio; pero no ha sido esa la única ocasión en que ha jugado la caballería sobre los dominios de Neptuno. En 1808 hubo recias batallas entre suecos y rusos en el Báltico helado, con ocasión del sitio de Sweaborg, pero más notable es sin duda la captura de unos cañones españoles, que hacían el cruceiro del Orinoco, por los jinetes de Paz, á nado, durante la insurrección de Venezuela contra la metrópoli.

DERROTAS DE LOS INGLESES

Las numerosas derrotas que los ingleses experimentan en el Africa del Sur no son, ni de mucho, las primeras que sufren, pues tan sólo en el transcurso del presente siglo registramos las siguientes:

En 1806 les derrotamos en Buenos Aires, haciéndoles millares de prisioneros y obligándoles á reembarcarse; en 1815 fueron vencidos por los norteamericanos en Nueva Orleans, teniendo que volverse á su isla más que de prisas; en 1812, durante una campaña en el Afghánistán, quedó totalmente destruido el ejército inglés, y sólo se contó un superviviente para llevar á la India la noticia de la catástrofe; en Crimea sufrieron el tremendo desastre de Balaklava, motivado por una orden mal expresada; en 1879 les derrotaron los zulúes en Insandhlwana; en 1881 les vencieron los boers en tres batallas seguidas, obligándoles á retirarse; en 1885 tuvieron que abandonar el Sudán, después de la caída de Jartum y la muerte del insigne general Gordon. No les coge, pues, de nuevo á los británicos la derrota; lo que hay es que no por eso se acaban.

SERPIENTES DOMESTICAS

Se ha generalizado en el Brasil el empleo, para cazar ratones, de unas *bonitas* boas que no tienen más que 4 metros de largo y un grosor como el brazo. No hay casa decente en los Estados de Pernambuco, Pará, etc., en la cual, de día, no se vea su correspondiente *giboya* enroscada al pie de la escalera. Es un reptil inofensivo para el hombre, y lo mismo para el niño, y se le amaestra de manera que no se mete para nada con los animales de corral; sus solas víctimas son los ratones susodichos. Un par de *giboyas* cuestan en el mercado 5,000 reis, ó sea 12'50 francos. No hay duda que un europeo podría extrañarse de pronto con la presencia de semejantes bichos en una casa, pero á buen seguro que no tardaría en familiarizarse con tan singulares sucedáneos de los gatos.

EL NUEVO MOZART

Así han llamado algunos periódicos al precoz pianista Pepin Arriola, que á los tres años de edad ejecuta, de oído, una porción de piezas; la comparación no es muy exacta, sin embargo, pues Mozart, no solamente tocaba, sino que á los cuatro años había compuesto ya una sonata. Esto no disminuye en nada el mérito de Pepin, que realmente es un *enfant prodigieux*, como llamaba Chateaubriand á Víctor Hugo, pero ya que Mozart fué tan desdichado en vida, honrémosle en lo posible después de muerto.

Una de las objeciones que se han hecho á la manera de ser presentada y cantada en el Liceo la ópera *Tristán é Isolda*, de Wagner, es la excesiva magnitud del escenario, y abundamos en la misma opinión. *Tristán é Isolda* no puede producir todo su efecto *intimo* en unas tablas tan espaciales; hay obras que no conviene exponer en superficies demasiado grandes.

Póngase, por ejemplo, un cuadro de Meissonier en medio de un vastísimo lienzo de pared y no producirá efecto; ejecútase una sonata de Beethoven en una Plaza de Toros, y no engendrará la menor emoción. *Tristán é Isolda* es una ópera *di camera*.

Cosas que son de desear: la pereza de un malvado y el silencio de un necio.

CHARADA

Mi hermano, sin ser maestro
un dos tres cuatro mejor
que el todo Carlos González
que cinco cuatro al vapor.
Por un un dos tres se muere
mi primo Napoleón:
tres cuatro quinto con cuatro,
Juana, mi compadre los,
y no se primera y cuarta
del gallo Pepito Coll
que cuatro dos tres y cuatro
enfrente de tu balcón.
Te aconsejo que regales
calabazas á los dos,
porque ninguno merece
las dulzuras de tu amor.
Y si te agrada el oficio
que ya mi hermano aprendió,
hazte una *todo* con cuatro
y dale tu corazón.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

K T Sol Virtud

Las soluciones en el próximo número

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Norla.

Jeroglífico comprimido.—Cobrar.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Q. NO. NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO Y FOTO EDITORIAL DE RAMÓN MOLINÉS, PLAZA DE FERIA, 16. BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid